



Por nosotras, por todas

Hace unos días, México fue testigo de un lamentable episodio que, más allá de lo político, nos obliga a reflexionar profundamente sobre el respeto hacia las mujeres. Durante un evento público, un hombre se acercó a la presidenta de la República y, sin su consentimiento, la tocó, un acto que muchos calificaron como "espontáneo" o "inofensivo", pero que en realidad simboliza una de las violencias más normalizadas y peligrosas; el acoso.

No se trató de un simple gesto ni de un exceso de entusiasmo. Fue una invasión al espacio personal de una mujer que, además, ostenta el cargo más alto del país. Si a la presidenta la tocan sin permiso, ¿qué nos queda al resto de las mujeres que día a día enfrentamos estas agresiones en el transporte público, en el trabajo o incluso en la calle? Este hecho evidencia que, sin importar el rango, la edad o la posición social, seguimos siendo objeto de la misma violencia que busca imponerse sobre nuestros cuerpos y decisiones.



**MARÍA
ROSETE**

COLUMNA INVITADA

El acoso no tiene justificación, no es halago, no es admiración, no es afecto, es poder. Es la expresión de una cultura machista que todavía permite que algunos hombres se sientan con derecho a tocar, opinar o invadir la integridad de una mujer. Y por eso, es urgente seguir hablando del tema, pero, sobre todo, seguir legislando, educando y transformando mentalidades.

Como diputada federal y como mujer, no puedo permanecer indiferente. Desde la Cámara de Diputados he impulsado iniciativas que buscan fortalecer las leyes en materia de igualdad, violencia de género y protección integral a las mujeres. Hemos avanzado en la creación de mecanismos que garanticen espacios seguros, en

el endurecimiento de sanciones contra agresores y en la promoción de políticas públicas que pongan en el centro la dignidad y el respeto.

Sin embargo, no es suficiente. Falta mucho por hacer. La violencia no se erradica sólo con leyes, sino con voluntad, educación y empatía. Necesitamos que cada hombre y cada institución asuma su responsabilidad. Que desde las escuelas se enseñe a respetar, que en los centros de trabajo se actúe ante el acoso, que en la calle se rompa el silencio cuando una mujer es violentada.

Desde Tepito, mi barrio, he visto el valor inmenso de las mujeres que todos los días salen a trabajar, que enfrentan la adversidad con la cabeza en alto y que nunca se rinden. En cada puesto, en cada esquina y en cada hogar del barrio bravo, hay historias de lucha, de fuerza y de resistencia. Son esas mujeres las que me inspiran a seguir adelante y a no claudicar en esta batalla por la dignidad y la igualdad.

Tepito me enseñó que la valentía no se mide por el miedo, sino por la ca-

pacidad de seguir pese a él y esa misma valentía es la que hoy necesitamos como país para erradicar la violencia hacia las mujeres. Que ninguna deba callar, que ninguna sea tocada sin permiso, que ninguna vuelva a sentirse menos.

El respeto no se pide, se exige y se defiende con cada acción. Cada mujer que levanta la voz abre el camino a las que vienen detrás, cada vez que denunciemos, que exijamos justicia o que nos negamos a normalizar el acoso, estamos cambiando la historia.

El episodio que vivimos recientemente no debe olvidarse, porque nos recuerda que la lucha sigue. Nos recuerda que el respeto hacia las mujeres no debe depender del cargo que ocupemos, sino de nuestra condición humana.

Sigamos juntas, con la frente en alto, con la voz fuerte y con la convicción de que el futuro será feminista, libre y digno para todas.